

ARZOBISPO
Ricardo Blázquez Pérez

Meditación

SEMANA SANTA 2013

Ante el Santo Cristo de la Paz

24 de marzo de 2013

Jesús recibe en el Nuevo Testamento varias decenas de nombres; unos son títulos mesiánicos, y otros símbolos que significan la dimensión salvífica de su vida, muerte y resurrección. La Carta de San Pablo a los Efesios designa a Jesús como «*nuestra Paz*» (Ef 2,12-18), ya que derribó el muro que separaba a judíos y gentiles.

Ante el Cristo de la Paz, que recorre el Viernes Santo las calles y plazas de Medina de Rioseco, formando parte de su incomparable Semana Santa, conocida mercedamente en el mundo, hagamos algunas consideraciones sobre la paz adquirida por Jesús a través de su muerte. Jesús está en el origen de la pacificación más profunda de la humanidad.

a) Levantamos diariamente muros de separación y de ruptura entre nosotros: entre persona y persona, en el matrimonio y la familia, entre los grupos sociales, entre los mismos cristianos; unos pueblos contra otros, bloques de la humanidad enfrentados y divididos. Durante decenios, el llamado "muro de Berlín" dividió, no solo a la ciudad y a Alemania, sino también a Europa, y se proyectó sobre la humanidad, creando bloques contrapuestos y años de "guerra fría". En la misma ciudad de Jerusalén se levantó un muro llamado "de la vergüenza". Y otro muro de cientos de kilómetros, construido en los últimos años, separa el territorio de Israel del territorio palestino; este muro afecta a la ciudad de Belén. Ha habido diversas formas de separaciones y rupturas: *apartheid* entre negros y blancos, discriminación

alma y abre las vías al futuro y a la esperanza; el perdón abre a un nuevo comienzo. La cruz, convertida por Jesucristo en árbol de salvación, es revelación del amor de Dios, de la sabiduría evangélica, de la genuina libertad y de la paz verdadera.

c) ¿Qué impulso levanta muros de división entre los hombres y mantiene las heridas emponzoñadas? Jesús mató en su corazón el odio, que es el germen de la división. Perdonando, ha derribado el muro de separación que es la enemistad; ahí reside el centro de ese pasaje de la Carta de San Pablo. Jesús enseñó: *«Lo que sale del hombre, eso es lo que contamina al hombre. Porque de dentro del corazón de los hombres salen las intenciones malas»* (Mc 7,20-21). Del corazón salen las rivalidades, las divisiones, la envidia, la avaricia, los adulterios (cf. Ga 5,19-26). De lo que hay en el corazón hablan los labios; la violencia se gesta y se fragua en la cabeza y en el corazón; no se desarman las manos si no se pacifica el corazón ni aclara la mente sus confusiones y engaños. Solo con un "corazón nuevo", con "un corazón de carne" (cf. Ez 36,26), podemos ser auténticamente pacificadores y creadores de un mundo nuevo y mejor. Si el Espíritu del Señor no reúne a los dispersos ni derrama el amor en nuestros corazones (cf. Rm 5,5), no podemos amar como Jesús nos ha amado (cf. Jn 13,34). ¡Que el Espíritu del Señor venza en nosotros el deseo de revancha, desoyendo el adagio tentador "el que me la hace me la paga"; que nos libere del resentimiento, que es como veneno del alma; que destruya el "nido de víboras" al que a veces se parece nuestro corazón! Decir "sí" al otro es restablecer la convivencia con él y mostrarle disponibilidad a caminar juntos. El perdón une a los enemigos para construir en concordia el futuro.

d) Jesús es el *«Mediador de una nueva alianza»* (Hb 12,24). A través de la muerte pacificadora de Jesús, Dios ha sellado la alianza eterna con la humanidad. Jesús, en la última cena con sus discípulos antes de morir, instituyó el memorial de su muerte, aceptada libremente por nosotros. Al participar del pan, que es comunión con el cuerpo del Señor entregado por nosotros, y al beber de la copa de la nueva alianza, que contiene la sangre de Cristo, entramos en comunión profunda de alianza de amor con el Señor y entre nosotros. El signo de la paz que intercambiamos en la celebración eucarística es muy elocuente; Jesús, presente en la Eucaristía, nos da su paz, paz que compartimos los participantes a través de un signo expresivo (un apretón de manos, un abrazo, un beso, una inclinación de respeto); y lo celebrado nos emplaza a ser pacificadores allí donde transcurra nuestra vida diaria y encontremos